

# socialismo y participación

Hugo Neira / EL PENSAMIENTO DE  
JOSE CARLOS MARIATEGUI:  
Los "mariateguismos"\*

# Hugo Neira / EL PENSAMIENTO DE JOSE CARLOS MARIATEGUI: Los "mariateguismos"\*

## PRESENTACION

¿ QUE peruano no tiene una teoría personal acerca de Mariátegui? Los estudios e investigaciones "mariateguistas" son la piedra de toque de estos últimos años. La comprobación de esta producción intelectual, no es banal. Señala la extensión casi oceánica del tema y, de paso, la imposibilidad de un enjuiciamiento redondo y unánime, la dificultad del consenso, el carácter procesal y transitorio de toda aproximación, inclusive la de estas notas, condenadas a la parcialidad. Mariátegui es, en efecto, en la cultura peruana y tal vez latino-americana, lo que Nietzsche a la conciencia alemana y europea. Es decir, la fuente crítica, la introducción a las grandes cuestiones "a martillazos". No sólo una doctrina, sino una manera de vivir, una conducta. Pero también, la pluralidad de sentidos, de interpretaciones, de camuflajes. Dejando al germano, Mariátegui es el centro solar de donde parten, no sólo opiniones, sino sistemas de vigencias, convicciones fundamentales, ideologías vigentes. Y por eso es también la fuente de nuestras más ariscas ortodoxias y heterodoxias,

\* El presente texto fue presentado como ponencia por el autor en el "Congreso sobre el Pensamiento Político Latinoamericano", realizado recientemente en Caracas bajo el auspicio del Parlamento venezolano, con motivo del Bicentenario del natalicio de Simón Bolívar.

una y otras pegadas casi a los mismos textos que ofrecen como en toda obra de fundación, un carácter a la vez deslumbrante e inacabado. La locura nos cierra las puertas de acceso a Nietzsche y la enfermedad y la muerte a José Carlos.

El resto es erudición o apología, repetición o manipulación, en el mejor de los casos exégesis y hermenéutica, pero no *acceso directo*. Hay que decirlo de entrada, la obra de Mariátegui es la de un ensayista, sin duda uno de los más ardientes y fecundos del género, pero que con la brevedad y puntualidad de sus escritos lleva consigo el signo de una dispersión, lo sabemos, voluntaria. "Muchos proyectos de libros visitan mi vigilia, pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene. Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso". Y más adelante, en la misma "advertencia" (en *Los Siete Ensayos...*, 1928) dice "volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y mi polémica... ninguno de estos ensayos está acabado". Mariátegui no nos dejará, pues, ningún *tratado político*. La exégesis universitaria o ideológica que reconstruye su pensamiento, el clericalato civil que guarda su tumba, hacen eso, reconstrucción. Y manejan entonces, los textos de *Defensa del marxismo*, publicado primero en *Amauta*, entre 1928 y 1929, y reuni-

dos luego, en Santiago de Chile, en edición fragmentada, en 1934. Es el camino de *Peruanicemos el Perú*, título de una columna sobre "tópicos nacionales" en sus orígenes, y también, de *Ideología y Política*, un recojo de textos escritos entre 1923 y 1930 pero que ven la luz, como libro, sólo en 1969. Como se sabe, los dos únicos libros que publicará en vida, son *La Escena contemporánea*, 1925, y los *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928. Pero aun éstos tienen en común las obras póstumas un par de saltantes características: compilación de artículos publicados en la desperdigada y abundante producción del autor, y su tratamiento por el recurso del ensayo, es decir, como composiciones literarias breves y autónomas, cada una con su propio contenido y destino.

Me ocuparé de precisar más adelante cuanto le debe a ese estilo de propagación tomado del periodismo y del ensayismo la asimilación de su marxismo y su versión del socialismo en la formativa cultura nacional peruana. Ahora nos conviene ver también en ello la fuente de controversias y apasionadas polémicas. Bastará para eso que un exégeta signifique un tanto más la lección analítica de los *Siete Ensayos* sobre las demás. O exalte los textos sindicales y partidarios de "*Ideología y política*". O prefiera los que informan sobre su pasaje por Italia, el trasplante en Mariátegui del soreliano, el bergsonismo, el vitalismo, el crocismo. Y tendremos, consecuente, parcelariamente, diversos "mariateguismos", diversos marxismos. Como en el siglo XVI tuvimos una religiosidad franciscana, dominicana, jesuita. El marxismo, como anteriormente la cristiandad, da lugar al acomodo de las culturas nacionales e indígenas a una hora universal. Pero el resultado, y la historia también es ciclo y re-

petición, puede conducir a situaciones lacunarias, a ideologías de la deficiencia y a la reiteración del cuadro colonial. Hay como un Renacimiento, una plenitud, que en cada período, en cada independencia, se nos va de las manos.

La gestión de un "mariateguismo" partidario político es difícil porque se trata de una discusión que se yuxtapone al telón de fondo de la personalidad compleja de culturas peruanas, a sus diversos componentes, al subconciente colectivo. Además el azar introduce una dificultad adicional: el ensayo sobre la evolución política e ideología del Perú, anunciado en el introito de los *Siete Ensayos*, como se sabe, se extravió en la España Republicana, aquél que tenía "desarrollo y autonomía de un libro aparte". La espinada polémica es, también, consecuencia de esa pérdida.

Convendría reflexionar más largamente sobre ese rasgo de inacabamiento, apenas evocado aquí. Mariátegui pudo, entonces, a la vez que dispersar su mensaje, poner el acento en los procesos de formación histórica, tan genéticos y abiertos como sus propios ensayos. Sus instrumentos de análisis le orientaron hacia el carácter formativo de la sociedad civil y a la diversidad de sus agentes, indios y estudiantes, obreros o intelectuales. De esta manera pudo orientar, más allá de su muerte, los estudios empíricos posteriores. El incontestable interés del método, el acento puesto en lo sucesivo que habita lo real, en la historia, explica en gran parte, al margen de la querrela de las ideologías, su influencia a lo largo de las últimas décadas. Sin embargo, los grandes problemas, surgen en nuestros días. Cuando no se trata de ir más allá del sentido de una evolución, de lo específico social, conocido y precisado en nuestros días por una masa considerable de estu-

dios empíricos y positivos. Se trata de salir, de aquello que la Escuela de FRANCFORT llamará, el "discurso negativo". Se trata de elaborar proyectos alternativos, que arrancan de una globalidad. Pero que perfectamente puede construirse conceptualmente en una posición asistemática de todos los discursos centro-europeos.

En ese sentido, el legado de Mariátegui se halla, en nuestros días, ante varias limitaciones. La primera proviene de la vejez del paradigma estructural-marxista, elaborado en los años treinta, repetido por la gran mayoría de sucesores y discípulos, entendido por tal a los partidos. Pero un abismo separa nuestra realidad de la del país, mayoritariamente rural y bajo una economía de enclave, de sus días. En muchos sentidos, la realidad puede inclusive, haber empeorado. Pero hay una sociedad más compleja, y en donde la sociedad civil, en sus balbuces cuando Mariátegui, ahora comienza a vivir bajo amenazas y desequilibrios temibles. La segunda proviene de la carencia fundacional de una obra sistemática. En Mariátegui hay un método, y la necesidad: ¿era posible? ¿Era recomendable?

El impulso dado a una cultura política por un maestro de asistematismo en uno de los rasgos que me propongo destacar. No debe eso confundirse con ausencia de método, que como lo indican todas las preceptivas es camino, manera, procedimiento. Mariátegui exploró metódicamente la realidad peruana simultáneamente a la cultura de su tiempo. Tener sistema es otra cosa. Ese cuadro abstracto que informa la diversidad de lo real, por una parte, y por otra, "donde se articulan varias teorías en un todo", la vida y la adversidad, no dieron tiempo a Mariátegui para que las concluyese mínimamente. El libro formal que tratase de sus ideas políticas no llegó

a nuestras manos o no existió jamás, el equivalente del *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* de la Boetie o el *Leviathan de Hobbes*. La lección de teoría donde se armonizará Lenin y Sorel, la experiencia soviética y la lección de Croce, Bergson y el materialismo dialéctico, no tuvo lugar.

Puede considerarse sin duda, una ventaja inicial, una epifanía, la característica abierta e inconclusa del fundador teórico. Y como una virtud más bien que como carencia el voluntario desperdigamiento del mensaje, la libertad de cada uno de sus juicios, el espectáculo asombroso de un conocimiento del mundo que incorporaba conceptos al ritmo de una andadura vital y existencial sin tregua, en donde la curiosidad como la pasión política fueron siempre de la mano. Que guardó siempre algo de expedicionario, de iniciático. Sin duda, siempre y cuando que no se trate como esta vez de la historia intelectual de un escritor o de un filósofo interesado en el hallazgo del Santo Graal de la verdad sino de la de un teórico político, además, que se reclama del marxismo, y que coloca a sus exégetas en la necesidad de reducir sus curiosidades a pasatiempos para reconstruir las sencillas ortodoxias o reconocer por el contrario sus asimilaciones y transfiguraciones y colocarlo, en ese caso, en la lista de los marxistas "atípicos", sin que hasta el día de hoy hayamos demasiado avanzado en comprender qué es lo que hace "atípico", y si eso finalmente, tiene algún sentido.

Nacido en 1894, José Carlos Mariátegui va a atravesar como un relámpago su tiempo. Desde muy temprano se vincula al "diarismo", como le llama, y a las preocupaciones estéticas como la revuelta del grupo *Colónida*, al debate parlamentario, a las primeras grandes huelgas obreras de 1918 y a la agitación de la reforma universita-

ria. No obstante, "hastiado de política criolla", se aleja de Lima, y recorre una Europa en crisis, la de la primera post-guerra. De retorno, en 1923 y hasta su muerte, en 1930, realiza, en esos cortos años, una asombrosa labor, sea en la edición y propagación de ideas, sea en la política activa. Funda la revista *Amauta*, el diario obrero *Labor*, impulsa la formación de la CGT (Confederación General de Trabajadores). Y participa en los primeros pasos del Apra, aunque se aleja de ésta cuando Haya le da la forma de un partido, y no de un "frente". La concepción de Mariátegui se orienta a la de un partido socialista, que otros transformarán en comunista. En 1925 publica *La Escena Contemporánea* y en 1928, los *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* que es la primera lectura del país desde el método marxista. Periodista, ensayista, autor polémico, su producción se dispersa, sin embargo, en ensayos de crítica literaria, reflexiones históricas y teóricas, notas sobre la actualidad nacional americana y mundial y que posteriormente han sido editadas por su viuda e hijos. Una segunda vida se abre a Mariátegui tras la influencia de sus escritos con el hecho que la mayoría de las organizaciones políticas de las izquierdas peruanas se remiten a él como una suerte de "Padre Fundador" y en la atención reciente de la crítica que se orienta hacia su concepción del marxismo y del socialismo considerado por unos como el de un gran inconforme a la par que Gramsci o que Lukacs y por otros la primera versión de un marxismo realmente producido en la América Latina.

#### MARIATEGUI COMO ENSAYISTA

Diversos episodios, intelectuales y políticos, marcan la formación de esa conciencia y del clima político y social del Perú de su adolescencia; se pue-

den citar los siguientes: la prédica moral de Manuel González Prada a raíz de la debacle de la guerra del Pacífico, la hegemonía intelectual del núcleo peruano de "positivistas" a los que discutirá. Los levantamientos indígenas, como los de Azángaro y Huancané o el de Huaraz, con el cacique Atusparia (1885). La actividad de los artesanos limeños y la índole anarco-sindicalista de los primeros dirigentes proletarios. El "grand tour-nant" de los años 1919, cuando el cesarismo modernizante de Augusto B. Leguía quiebra a los grupos políticos tradicionales, y les aleja, como tales, como clubs políticos, de la vida legítima del país. La subordinación global de la economía al capital norteamericano más que al inglés. La polémica del indigenismo, la temática del desaliento que le precede (Rodó, Alcides Arguedas, Ingenieros). La aparición de una expresión literaria por primera vez, nacional. (Entre otros, César Vallejo). Y la emergencia de una "intelligentzia" moderna, revolucionaria, de origen mesocrático o popular, de la cual él mismo es la más acabada encarnación.

Su obra mayor, es los *Siete Ensayos*. Pero dedicó tanto o más espacio que a la realidad nacional, a los grandes temas de su tiempo, por ejemplo, a la crisis de la democracia rusa, la "intelligentzia" y el grupo *Clarte* o al futurismo de Marinetti, el mensaje de Oriente, la cuestión turca y el Islam, el semitismo y el antisemitismo. Hay dos vertientes, por lo tanto, en sus escritos. Unos, como *Peruanicemos el Perú*. Otros, como *Defensa del marxismo*, ambos, libros póstumos, recolección de artículos como otros veinte volúmenes de la biblioteca *Amauta*, que le sigue editando. Mariátegui es un permanente "best-seller".

En fin, el pensamiento de Mariátegui es un *hecho social*, como se ha in-

dicado en la introducción. De la secta a la heterodoxia, Mariátegui ha marcado profundamente la cultura moderna del Perú, y gran parte de su originalidad. Los marxistas no son los únicos en consultarlo, sino los apristas y los social-cristianos, literarios y aun neo-liberales, y para todos, es en todo caso un punto de confrontación inevitable. La modernidad a la que aludimos implica, por lo tanto, un espacio cultural más ancho que el espacio marxista, o izquierdista, y alude a lo nacional. En efecto, pocas culturas nacionales en la América Latina conocen un fenómeno de convergencia de este grado. *Casa grande e Zenzala* es un clásico del Brasil contemporáneo. Como lo es *El Laberinto de la Soledad* para México. Pero difícilmente Gilberto Freyre u Octavio Paz orientan de la misma manera la configuración general de su cultura. Poco explica que la primera sea una obra antropológica y la segunda literaria. Ni la convicción socialista señalada en la "Advertencia" de los *Siete Ensayos*. Hay otros marxistas a los que nadie lee. Por lo contrario, la relación entre Mariátegui y los partidos marxistas en el Perú y después de su muerte presenta la paradoja de un pensador cuya irradiación será francamente más vasta que la clientela sindical o electoral de los partidos que de él se reclamaban. Mariátegui, y no al revés, ha contribuido a la presencia de la izquierda marxista al menos en el campo de las ideas a lo largo del largo ciclo de hegemonía del aprismo, y recientemente, a la renovación de las propias izquierdas.

Mariátegui es, pues, un clásico. Un clásico del Perú y de América. En efecto, reúne las tres condiciones del clasicismo, la referencia inevitable, la calidad ejemplar y el mensaje que se renueva en el transcurso del tiempo y en la re-lectura de cada genera-

ción. La tradición romántica, no obstante, que modeló intensamente la literatura y la actitud de las "élites" políticas e intelectuales de nuestro XIX, nos ha dejado un reflejo de desconfianza ante esta calificación. Pero nuestros clásicos pueden ser, también, nuestros revolucionarios, nuestros profetas civiles, nuestros utópicos e idealistas. Por otra parte, en el Viejo Mundo, la condición de clásico alcanza a hombres y obras como las de Rousseau o las de Bakunin. La obra de Mariátegui, además, ha hecho la prueba del tiempo. Cincuenta o más años separan la edición de "Los Siete Ensayos" de nuestros días. Nuestro tiempo no es el europeo.

Sin embargo, ¿la condición de clásico no resultaría inapropiada para el conjunto de una obra que procede por entero del debate político, del periodismo y del ensayo? El argumento carece en el presente caso de importancia. También son escritos de circunstancias los discursos de Martí ante "las sociedades literarias" de Nueva York lo cual no les disminuye. Ciertamente, la obra de Mariátegui es la de un periodista y la inmensa investigación biográfica e historiográfica hoy en curso en torno suyo resalta no sólo las páginas de *Amauta*, los artículos diseminados en *Mundial y Variedades* entre 1923 y 1926, lo que anticiparán la *Escena Contemporánea* y *El Alma Matinal*, sino también la producción anterior, aquella del diario *La Razón*, de *El Tiempo*, la revista *Nuestra Época* y la brevísima *Colonida*, donde se inscribe su primer humor anti-conformista. El viaje por Europa fue también un motivo para el envío de crónicas. Los *Siete Ensayos* fueron publicados, parcelariamente, en la revista *Amauta*.

En el diarismo halló Mariátegui, además, un estilo de trabajo y de vida, una forma procesal de captar el mundo, el gusto por la actualidad y las

fórmulas instantáneas, que era en su caso nada más que una forma más de la lucidez dada la fragilidad de su salud. Las figuras, los arquetipos, con las que más explícitamente se identifica son, por ejemplo, entre los valores de la cultura italiana que exploró, el de Piero Gobetti, que es el nombre de un movimiento, "la revolución liberal" y de una revista, *L'Ordine Nuovo*. Gobetti le impresionó, sin duda, por su impaciencia, su libertad generosa, por su ontología insurreccional, por su manera de pegarse al gran ritmo del mundo y sentir la revolución también como un reclamo moral. Parecido mecanismo de identificación procede ante Waldo Frank de quien le atrae la manera como en Europa descubrió su propia "tarea americana". (*El Alma Matinal*, pag. 192)

Del diarismo o periodismo hacia el ensayismo, no hay ruptura sino continuidad. "Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencionada". Voluntarismo, anti-academismo, imprevisibilidad. "Ninguno de estos ensayos está acabado, no lo estarán mientras viva y piense y tenga que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado". Este rasgo de voluntario inacabamiento conviene subrayarlo. Así como el agrupamiento por temas, por preferencias, tanto en *La Escena Contemporánea* como en los *Siete Ensayos*. Pero después de su muerte, sus legatarios descubrieron libros organizados de la misma manera, por racimo de estudios y notas, unidas por una idea general, es el caso de "*El Alma Matinal*" (según la nota de los editores).

Todo indica la vocación del ensayismo. Se transita demasiado rápidamente, sin embargo, sobre el asunto del género literario que prefiriera Mariátegui para comunicar su pensamiento. Al parecer, su producción epistolar

fue mínima, a diferencia en esto de Gramsci. Por el contrario, aquí se postula que el ensayismo de Mariátegui no es un rasgo más sino uno y esencial que va a determinar la forma del mensaje y por lo tanto, la expresión de su marxismo y su versión del socialismo, la manera como ambos han llegado hasta nosotros.

Conviene quizá recordar qué se entiende por ensayo. Exposición ordenada de un asunto pero en la que cabe un punto de subjetividad; género de circunstancias, comunicación breve y precisa que no desdeña la voz personal, el riesgo individual. Tal vez por eso ha convenido como vehículo de pensamiento de la filosofía hispánica, como lo señaló en su día Eduardo Nicol. Porque una ensayística exige la prueba, aunque no exhaustiva, y el *ethos*. Alguien opina. El género convenía doblemente a Mariátegui.

Por una parte, ante los grandes temas nacionales o ante la cultura de su tiempo, podía llegar aprisa, con pruebas e informaciones, pero que no eran las exhaustivas del tratado o la demostración académica. Atacar unos temas, sin agotarlos. Llegar a los lectores. Al ensayista, ha dicho Ortega y Gasset, uno de los maestros ibéricos del género, le interesan los problemas pero también le interesan los lectores! El ensayismo era una manera de penetrar y prolongarse en la conflictiva modernidad, librando sus juicios del cambio. El ensayismo es un género de períodos convulsos y agitados. La intuición de la brevedad de la vida y la vastedad de la tarea subyace también en la elección del género.

Por otra, cuenta en Mariátegui, la emoción estética, la intuición profética, el sentimiento de lo popular y de lo indígena (que le venía por la herencia materna y la infancia difícil) en otras palabras, el subjetivismo creati-

vo, anticipatorio (las páginas sobre el mito, el poder de lo moral y lo ético, de lo religioso en la política), todo aquello que no fuese razón sino pasión, prueba sino hipótesis. Podía discurrir además por unos ensayos que utilizaban las monografías y estudios positivos, particularmente en el dominio social y económico y en las citaciones sobre estudios de economía rural y de comunidades indígenas, pero que no aspiraban ni al empaque profesoral ni solamente al análisis sino al resumen y a la síntesis. No todo era verificable, ni por último, había tiempo para ello. Ni la conciencia andina ni "la psicología del fascismo" que le intrigaba. Pero presintió activas —como Weber o Reich en la Alemania del Weimar— las fuerzas de la irracionalidad en la historia, del mito y las creencias, las zonas de lo sagrado, de lo oscuro y profético.

Ese subjetivismo, que es también vitalismo, esteticismo, espiritualismo, ocupa un lugar decisivo en la historia de las ideas. Es parte de la reacción anti-positivista. En Bergson tomó la idea de la libertad y de un desinterés creador. Desde este ángulo está cerca de Alexandro Korn, de la idealidad como reacción al materialismo vulgar del credo positivo, cerca y lejos de un Rodó y un Vasconcelos. El propio Mariátegui se encargó de explicar sus proximidades y sus diferencias.

En definitiva, Mariátegui no abandonó ni el periodismo ni el ensayismo al ingresar al marxismo. Llevó a éste sus cualidades de "animador de ideas y obras" —juicio que le atribuye a Gobetti. En el credo socialista de su temprana madurez se incorporan mecanismos de seducción literarios, estéticos, propagandísticos. Los ensayos de Mariátegui, es decir, el arte de unas composiciones breves, sinópticas, novedosas, contribuyeron a la difu-

sión del marxismo tanto como las contradicciones fundamentales de la realidad peruana que hizo explícitas. Un marxismo sin sermón ideológico. Mas bien, genético, histórico, demostrativo.

Que estas apreciaciones de preceptiva literaria no nos parezcan innecesarias. Nos conducen, por una parte, a lo que Mariátegui evitó. En efecto, los otros marxistas de la América Latina, más o menos por las mismas fechas, redactaban tratados filosóficos, es el caso de Adolfo Sánchez Vásquez, el brasileño Caio Prado Junior, el boliviano Luis Carranza Siles, el venezolano Luis Villalba, el cubano José Portuendo. Ninguno de ellos tuvo la resonancia del autor de los *Siete Ensayos*. Su ejemplo no era fácil de seguir. Poco después, en el Perú, el arequipeño Guardia Mayorca recaló en el manual dogmático.

Nos conducen también, a la armazón interna, a la estructura retórica en el mejor sentido de la noción. En efecto, quien observe las reglas de composición de sus escritos advertirá que el lector es conducido de unos problemas parciales, pero evidentes —la instrucción pública, el regionalismo, el factor religioso— a unas ideas generales, de fondo, donde se inscribe la apuesta socialista y marxista. Lo doctrinario existe, pero diluido en la temática de la realidad, en la filigrana de los datos económicos, sociales, culturales, religiosos e históricos. En todo y en ninguna parte en particular. Son parte de un juego reglamentado, en donde la ideología y la intencionalidad del autor, se confiesan en las advertencias y entradas, para que luego discurra la racionalidad de los hechos.

Mariátegui es un ensayista marxista. Hemos llegado al punto en que hay que interrogarse que es lo que lo hace marxista y qué, un marxista tan frecuentado. O lo que es lo mismo,



para volver a la cuestión planteada por Robert Paris, casi poética, a "la producción" del marxismo de Mariátegui.

Se convendrá fácilmente que la clave se halla más que en sus conferencias sobre la actualidad mundial o sus debates partidarios, desde un ángulo conceptual, en su célebre interpretación de la realidad peruana. Podemos volver, una vez más, a esas páginas fundamentales, no sin ocultarnos que se trata de la contribución principal del fundador del socialismo peruano y uno de los más independientes marxistas de los años treinta. No hallaremos sin embargo, ahí, ni un discurso teórico sobre el socialismo más adecuado a nuestros países, ni un análisis clásico de modos de producción, clases sociales, del tipo convencional. Hallamos más bien, una serie de temas: la economía, el indio, la tierra, la educación, la religión, el rol de la capital y de la literatura nacional.

Estos temas eran polémicos. Y la intervención de Mariátegui acrecentó su conflictividad. Esos temas eran de actualidad. Y para comenzar a situar el verdadero alcance de las proposiciones de Mariátegui hay que observar que no eligió, a su retorno de Europa, sino aquello que constituía, como se decía en la época, las "grandes cuestiones nacionales". En otros términos: temas de importancia, pero ni singulares ni originales.

En efecto, de todo aquello se discutía incandescentemente en la Lima de los años veinte. Mariátegui se lanza sobre unos territorios donde otros ya habían tomado posiciones estratégicas. Sobre educación y el tipo de enseñanza superior, por ejemplo, se venía discutiendo desde comienzos de siglo. Le precede, también, la acusación de los provincianos contra el centralismo capitalino, y la temática del indio, y

el debate y la recusación de la colonia y la herencia española que habían comenzado los "clers" positivistas. Se puede ir más lejos aún: hacia fines del XIX, coincidiendo con la primera centuria de experiencia republicana, una onda de desaliento y pesimismo atraviesa la "intelligentzia" americana. El balance de los primeros cien años de "self-governement" es catastrófico. En el horizonte se levantaba la sombra de gigante de los Estados Unidos.

Una generación atrás ha comenzado esa crítica social, todavía moderada, atribuyendo el peso de los hechos al factor de la raza y del ambiente, lo cual es prejuicioso y erróneo. Pero acertarán en el carácter provisorio incompleto, problemático de las jóvenes naciones sud-americanas.

Mariátegui ingresa a ese debate para modificarlo. El carácter polémico de sus ensayos resalta si se observa cómo unos temas desaparecen, otros se alteran y se crean unos nuevos. Por ejemplo, ante el descentralismo. Quedó visible que éste escondía, bajo la capa de una defensa de la provincia desdeñada por el centralismo de Lima, realmente las reivindicaciones de las minorías dominantes provincianas, del "gamonalismo". La reconversión del tema del indio fue todavía más espectacular. Como se sabe, Mariátegui le dedicó pocas páginas y corre traslado del asunto al debate sobre el latifundio y el agro feudal. Es evidente que veía en lo indígena un asunto decisivo y su concepción de la peruanidad pasaba por ese tema. Pero no un problema aislado, cultural, religioso, educativo o jurídico. Por lo tanto tampoco una solución parcial como la nacionalidad indígena, de los indianistas y el Buró de la III Internacional. La reconversión del indígena en la perspectiva de "asalariado" o de "siervo", implica algo más que una cuestión de términos, marxistas o clasistas. Es

también, una perspectiva relacional. Divisa en efecto al campesinado andino desde aquello que desde la explotación misma, lo vincula y conecta, para lo mejor o lo peor, al conjunto del país. Y en consecuencia al destino y vicisitudes de la sociedad peruana en general. En cambio otros términos entraron en circulación hasta nuestros días: la *economía* de carácter subordinada, la *literatura* como expresión de lo nacional, el papel de la *educación* y la *religión*.

Además de la "interrupción polémica" el otro rasgo de esos ensayos que es preciso resaltar aquí es el de las continuas referencias históricas. Naturalmente, no es la obra de Mariátegui la de un historiador, trabaja con fuentes secundarias, no hay la vocación de relatar. Pero sí es la de alguien para quien la historia es el lenguaje referencial.

Cada ensayo lleva su propio anclaje histórico. Así, por ejemplo, el esquema de la evolución económica, cuya intención era inmediata, presentista, se abre, sin embargo con una evocación de la Conquista en la que "los conquistadores españoles destruyeron sin poder naturalmente reemplazarla, la formidable máquina de producción (la del incario —p.1). La economía incaica se descompuso, pero no desapareció del todo, se prolongó en la servidumbre indígena, en "la nación disuelta en comunidades dispersas". Esta prolongación de una sociedad cuando comienza a formarse otra, signa también la empresa colonial "cuyo proceso no ha terminado todavía".

El Incario se disgrega, no se extingue. La Colonia se prolonga en cien signos que se leen desde la economía a las mentalidades colectivas. Cuando la mayoría de los historiadores presentaban tres períodos bien nítidos, ante esa idea convencional y que aún

prevalece siguiendo una perspectiva lineal, le opone otra, donde la que las comunidades campesinas atraviesan los períodos históricos, la feudalidad agraria se prolonga dentro del capitalismo rural y nada concluye definitivamente.

El historicismo es, pues, una clave fundamental de su marxismo. Había dicho que seguía "la austera enseñanza de Croce". Hay que volver, pues, a ese punto de la "influencia italiana", para explicar, sin tergiversar, lo esencial de las operaciones intelectuales de los "Siete Ensayos".

¿Qué había dicho, en efecto, Croce? Que el tratamiento de la historia debería ser inmanente. Es decir, un inmanentismo como concepto opuesto a trascendentalismo. Nada de lo que ocurriese en la historia se explica por instancias puestas fuera de ésta, y no únicamente las fuerzas materiales, sino las formas de conciencia y de lo irracional, de la creatividad y la espontaneidad, los mismos valores, todo se produce en el devenir y arrancando de unas condiciones históricas que son el origen de la libertad. Todo esto puede parecer baladí hasta que no se repara en el nexo que se produce en el pensamiento de Mariátegui y la lección de su *inmanentismo marxista* aplicado a la historia del Perú.

Pues es este inmanentismo lo que le conduce a buscar al interior de la realidad peruana, es decir, en las raíces incaicas o coloniales, o en las frustraciones republicanas y demo-liberales, en las distorsiones introducidas por la Conquista y el virreynato ("pero mala y todo, la Conquista es un hecho histórico", responde a Valcárcel durante la polémica sobre el indigenismo) en la educación de origen ibérico o en el calco francés, en la presión del capital británico y luego norteamericano, y en el despertar campesino,

los elementos de auto-conciencia y de acción. Y no desde un marxismo como revelación exterior, mensaje, o "transplante". Su doctrinarismo pasa por los datos histórico-culturales. Se produce desde adentro.

Desde el historicismo ha construido un libro de tesis marxista. Otros, en el continente, harán el camino inverso: establecerán el dogma socialista, el muñón de partido marxista en cada país, a lo que la espontaneidad y la especificidad tienen que acomodarse. Las raíces de su posterior polémica con la Internacional Comunista en torno a la forma del partido, no son sólo tácticas. La visión cismática está ya anclada en los *Siete Ensayos*.

Esta producción del marxismo por Mariátegui desde una realidad histórica contrastada significa, también, un acto de catarsis. Ir al encuentro de una realidad, ante un país desarticulado pero real. Se ha insistido mucho en Mariátegui que siente la "revolución como emoción". En la relación que establece entre "el socialismo y los valores éticos". Todo es cierto. Pero se recoge más esa impresión en las obras dedicadas al problema de la civilización, al hombre y el mito, los nexos entre la "intelligentzia" y la revolución. Tras los *Siete Ensayos*, hay en cambio, un realista. De alguna manera Mariátegui recondujo la naciente cultura marxista —cultura de izquierda, cultura nacional— hacia lo concreto. Criticó la visión de los indigenistas no por ser injusta sino por parcelaria. En las fuerzas turbias e indecisas de sus días, veía un camino para el porvenir socialista, no en las regresiones étnicas y culturales. Una parecida irritación le habita cuando polemiza con el Buró sudamericano de la III internacional, cuya visión del partido, de clase, era muy estrecha. Y cuando polemiza con Haya, cuya visión del partido de las tres clases le pare-

ce, al otro extremo, muy ancha, fluida, imprecisa. Mariátegui había atacado las máscaras de la modernidad en lo histórico y lo cultural. La ilusión liberal de las instituciones que maquillaba al arcaísmo del agro y las clases dominantes. Comenzaba a atacar otras máscaras, las del poder, la del líder épico y excepcional de los unos, la vocación hacia el imperialismo de los otros, cuando le asaltó la muerte.

En fin, algo habrá que decir sobre el estilo. Mariátegui escritor, no es un tema menor. Hay algo de seductor y convincente en la prosa de este joven maestro anti-académico. Algo, en el tono aseverativo, el ritmo de urgencia de cada página, el hecho de pensar y razonar como una acción viviente, en la luminosidad con la que comunica una fórmula que explica que es un hombre que escribe pero no es un hombre de letras. Sus referencias personales, desperdigadas sabiamente en sus libros, hacen saber que tras ellas hay alguien que no se confina a la tarea de escribir. Exponer, hacer saber el ensayista, es una tarea ocasional, no es un destino. Y es eso, y el carácter extra-universitario de esa obra, la deliberada vocación de franco-tirador "mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencionada..." y la vocación polémica ya señalada, le gana un renovado consenso generacional.

Cierto, en cada generación, se le vuelve a leer. Y cada vez, la sorpresa tal vez proviene de un estilo que une la especulación ideológica y política a una intensidad efectiva. A la conciencia de sí mismo, de destino. Si su mensaje hubiese sido solamente racional y formal no hubiera recibido, con toda probabilidad, la misma emocionada recepción. Mariátegui escribe para un público básicamente, latinoamericano. Hace ya un tiempo que

Sartre preguntándose qué es la literatura insistió en la importancia del público, de la cuestión para quien se escribe. En esa audiencia latinoamericana —y la muerte interrumpió su viaje y quizá su estadía en Buenos Aires— no sólo estaba habitada por una inteligencia de América, sino, es una sensibilidad. Su estetismo, su vitalismo es, también, su prosa.

### LOS MARIATEGUISMOS

La convergencia de tendencias políticas e ideológicas en torno a Mariátegui y la multiplicación de estudios sobre su obra obligan a recurrir a un "ismo". Este expresa a la vez una *familia política*, situada vagamente a la izquierda del partido comunista ortodoxo, y también, un *dominio* intelectual o universitario. El árbol de esta doble genealogía se entrecruza en las raíces y en las copas. El "mariateguismo" es la historia del pensamiento político de las izquierdas peruanas después de 1930. De casi todo el pensamiento. Es, también, la historia de los estudios "marxianos", como los del italiano Melis, el francés Robert Paris, el argentino José Aricó. Que uno y otro se nutren, resulta obvio. Pero la simultaneidad no es sincronización. Los tiempos de la comprensión del "marxismo" de Mariátegui no son forzosamente los del "socialismo" de quienes en él dicen inspirarse. Como se observará en su oportunidad, tienden a distanciarse.

La historia de ese "mariateguismo" es la de un juego de recuperaciones y rechazos, de sucesivos discursos sobre el poder y que envuelven, períodos diversos, una concepción teórica del marxismo, del partido, el tipo de alianza de clases, y de la revolución, la nación, el Estado y el socialismo, de modo que, su resumen equivale a algo más que la historia de la ideología interna

de unas izquierdas sino a parte de la evolución del marxismo en el mundo. Como se verá pronto, los cambios de actitud ante el legado de Mariátegui no siempre obedecieron a modificaciones de la historia política nacional. La revolución cubana, por ejemplo, estimula consciente o indirectamente, la investigación sobre la naturaleza de ese marxismo original en donde había un puesto principal para el voluntarismo político. La crisis del marxismo oficial soviético provoca, desde los años setenta, la indignación por un autor que daba relieve a la cuestión nacional y a los problemas culturales. Los acontecimientos posteriores en Perú a las grandes reformas de los militares de izquierda entre 1968 y 1975 y las modificaciones estructurales que introdujeron como la necesidad de reconstruir la izquierda desde un punto de arranque popular y democrático que parecía haberse abandonado desde la fundación stalinista de 1930, provoca en muchos, el retorno al debate Mariátegui-Haya de esos años, a la búsqueda, en otros, de una matriz ideológica, a la vez, nacional y de izquierda, que sería también un tipo de marxismo extra-europeo. La imagen de Mariátegui no es inmóvil. La modifican discursos diversos, a menudo, o puestos, contradictorios.

El mariateguismo, en resumidas cuentas presenta, tres períodos bien claramente distintos, a saber:

- a. De 1930 hasta comienzos de los años sesenta, en un largo período de interpretación dogmática del legado de Mariátegui.
- b. Un primer desenclave desde los estudios sobre "la formación italiana".
- c. Uno segundo desde la revisión de la polémica con Haya, y la búsqueda de un origen cismático,<sup>10</sup> capaz de sustentar en nuestros días el *proyecto nacional*.

Como puede observarse en esa periodificación, un lapso importante corresponde a la versión más oficial y ortodoxa que hace de él, formalmente, hacia 1934, "un marxista-leninista" en el texto publicado por Jorge del Prado, en la revista cubana *Dialéctica*. Esta calificación resulta un progreso si se considera la sospecha que pesaba sobre Mariátegui de haber estado demasiado cerca del aprismo, y hay un intento de anexión de Carlos Manuel Cox en *Claridad*, en el mismo año. O la respuesta de Juan Vargas, "en defensa de JCM, marxista". Pero no se dice, comunista. Pesaba mucho en el ánimo de los ortodoxos, es la época más dura del Komintern, la acusación de "populista" del buró sudamericano de la III Internacional. Y las largas deliberaciones sobre la forma del partido, que *Ideología y Política* recoge, y a la que habremos de recurrir constantemente.

En efecto, la versión ortodoxa, oficial, puede ser resumida de la manera siguiente: "el movimiento obrero peruano había entrado hacia 1930, con la caída de Leguía a un acelerado proceso de organización. Dos corrientes emergieron, confrontándose teórica y prácticamente: la corriente del aprismo y la proletaria, revolucionaria, marxista, que corresponderá al Partido Comunista Peruano". Mariátegui aparece como uno de "los más destacados activistas del movimiento revolucionario en el Perú", se señala la actividad desde 1923 de las revistas *Claridad*, *Amauta*, y el periódico *Labor*, y como fundador del *Partido Socialista*; pero luego se le presenta "como dirigente de su ala de izquierda y uno de los Fundadores del Partido Comunista del Perú". 1930, Mariátegui habría mostrado en su obra, "algunos rasgos esenciales del populismo ruso". La versión oficial señala que "en el último período de su vida, en los años 1926-1928, Mariátegui, ante la crítica

marxista-leninista, se ve precisado a iniciar la revisión de sus puntos de vista "populista" en las páginas de la revista *Amauta* y el periódico *Labor*, y particularmente en su libro *Siete Ensayos*. En vísperas de su muerte, habría aconsejado, a los revolucionarios peruanos el estudio del leninismo, y luchar para vencerlo bajo la bandera de Lenin y de Stalin". (Mirosshevski en la revista *Dialéctica*, de La Habana, citado en Aricó, pag. 93).

Versión, pues de un Mariátegui fundador del partido comunista, y por lo tanto, en la línea del único marxismo posible, el oficial soviético, del marxismo-leninismo-stalinismo.

A la difusión del marxismo por Mariátegui sobreviene la apropiación de éste por la versión del comunismo que se substituyó, en los últimos días de su vida, a su propia concepción tanto de la filosofía o la enseñanza de Marx, tanto sobre el tipo de organización política necesaria al Perú. Pero esto que aquí se sostiene, la conciencia que hubo una recuperación, de que el problematismo de Mariátegui no es la simplificada y standarizada concepción de los comunistas de los años treinta, es más bien la consecuencia de una labor de crítica sobre los orígenes del marxismo latinoamericano que se produce varios decenios después. Nos estamos apoyando en los textos recogidos por José Aricó, y que muestran, la sucesión de "interpretaciones" sobre Mariátegui, después de su muerte: "aprista", "populista" y finalmente, depurado marxista-leninista. En esta versión última, la que tuvo más longevidad.

Ahora bien, lo que nos interesa no es determinar quién tenía razón desde la "correcta" interpretación del marxismo en esta depuración/inclusión de Mariátegui, lo que nos llevaría a interminables consideraciones filosóficas y eruditas. Además a un estudio,

sin duda importante, de la formación del partido comunista como grupo cerrado, al enfrentamiento de facciones, la llegada de Ravines de Europa, el grupo de "socialistas" expulsados, el ascenso de una dirigencia que establezca el equilibrio entre el internacionalismo extremo de los unos y las demandas sindicales de los otros, y que Jorge del Prado encarna, normalizando de paso la imagen de Mariátegui como de un leninista sin más. Lo que nos interesa es saber *porqué* se renunciaba a un cierto contorno político-social. Y la doble consecuencia intelectual y política para el Perú.

A "grosso modo", lo que se quedaba fuera del "partido", en los años treinta y cuarenta el rechazo de algo que fue llamado sucesivamente "aprista", luego "populista" y después "mariateguismo", era simplemente la posibilidad de un partido ancho, semejante a lo que ahora asumen los comunistas españoles e italianos. Un partido que se identificara con la nación por entero, es decir, con las fuerzas sociales, múltiples y diferenciadas, que eran algo más que el proletariado fabril y urbano, de todos modos extremadamente minoritario en un país de economía de "enclave" como el Perú de entonces. En su lugar, se impuso una concepción de partido, fundado en células diseminadas por los más importantes centros mineros o industriales, como Callao, Cerro de Pasco, Arequipa o Cusco, ligados férreamente por el "centralismo burocrático" y con una intención esencialmente subterránea y conspirativa. Para el Komintern, el Kremlin en esos años, los comunistas peruanos (varios de los cuales fueron a España republicana a luchar) no podía haber otra formación posible y que reivindicase, al mismo tiempo, el nombre de leninista.

Resulta evidente de esta manera, desde los años treinta y aun durante

los últimos y atormentados meses de vida de Mariátegui, de la existencia de dos "estructuras". De una parte, el núcleo local, y el aparato internacional, que conducirá a un tipo de partido político, más bien de élite que de masas, más bien cerrado que abierto, más bien hipercentralizado que fundado en la captación de militantes y electorado, clientelas y simpatizantes. Y por otra parte, una "constelación" de preocupaciones más complejas y vastas, en Mariátegui. No todo, pero muchos temas importantes de éste, como su preocupación por el campesinado y el mundo indígena (que le había valido su descalificación como "populista"), la importancia puesta en las sociedades autóctonas y el peso del pasado, el redescubrimiento de América y la búsqueda de identidad, de especificidad, la insistencia en la emoción, en el rol de las creencias, pasaron a ser aspectos que caían fuera del campo de percepción de quienes aplicaban una táctica y una reducción, por otra parte, común en otros países y sociedades. Parecida reducción dejó fuera del comunismo en India el movimiento que canalizaría el Partido del Congreso, el de Ghandi. En la China de esos años: fuera el peso decisivo en esa sociedad y civilización de las masas rurales. En la América Latina: fuera la serie de actores sociales, no sólo el proletariado o los obreros, que articularán a su manera, los líderes populistas. Lo que hoy llamaríamos el movimiento popular y nacional fue a dar a manos de jefaturas políticas vocativamente jerarquizadas y casi-militares, como el aprismo insurreccional de esos años ilustra tal vez mejor que el peronismo argentino, el getulismo brasileño o el "carisma" civil de un Eliécer Gaitán en Colombia.

La consecuencia política más evidente radica en que quedó abierta una inmensa playa política, ampliada por las

elecciones de tipo directa y universal introducidas desde 1931, el aumento de la urbanización desordenada pero que rebasaba los "enclaves" de los años veinte, la urbanización y la alfabetización aceleradas, a los apristas. Quien lee mejor lo que ocurre en la sociedad peruana en esos años no es el grupo que se reclama de Mariátegui sino la minoría dirigente, activa, de apristas, tras Haya de la Torre. Al auto-arrinconamiento de los comunistas en un partido insignificante sindical y electoralmente a lo largo de décadas se añade, el dominio de la plaza pública, en el mitin y en el sindicato, del aluvión aprista. Será difícil discutirle al aprismo un hegemonismo civil en esas décadas.

Hayismo político y cívico, definición de Mariátegui como un "marxista-leninista", los años cuarenta y aun cincuenta son los de un purgatorio ideológico. Luego, se vuelve a Mariátegui, se le extrae de la versión oficial, por diversas razones. Pero todas, razones bien tardías, que sólo aparecen hacia los años sesenta.

Estas serían las siguientes:

a. El retorno de la *temática rural* a partir del marxismo chino y el cisma introducido por Mao-Tse-Tung lo cual devuelve a la actualidad el pretendido "populismo" de Mariátegui.

b. La importancia de las *revoluciones nacionales* como la yugoeslava y más próxima a nuestras preocupaciones, de la cubana.

c. La importancia dada en ésta misma, del *voluntarismo histórico* de las vanguardias constituidas por revolucionarios intelectuales no forzosamente proletarios, "Che" Guevara, Fidel Castro, etc...

d. La aparición de las *primeras grandes críticas* al marxismo soviético, al modelo soviético, a la gestión del socialismo desde la noción de Par-

tido-Estado que estallan con el XX Congreso y la crítica al stalinismo.

Establecida firmemente las características peculiares de ese marxismo "tendencialmente anti-dogmático de su época" —Aricó— y que provenía de la estación italiana donde "la quiebra del Estado coincidía con el surgimiento de las corrientes crocianas de izquierda y marxistas revolucionarias", una última relectura, para situar a Mariátegui ante la especificidad de la nación y la sociedad peruana, y que es de paso una lectura simultánea del proyecto aprista en lo que éste tiene también de cismático ante el marxismo centro-europeo, se inicia con Carlos Franco. Por lo menos en un par de trabajos suyos. ("Izquierda nacional e identidad nacional en Perú, *Identidad nacional*, Cedep, Lima, 1980. "Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano")

Estos trabajos interrogan desde un clima singular. Este corresponde al Perú posterior a las grandes reformas del período 1968-75. Se puede decir que, hasta entonces, tanto los partidos marxistas y el aprismo inscribían en sus banderas unas reivindicaciones que venían casi sin modificaciones del horizonte político de los años treinta, en substancia, una reforma de la propiedad de la tierra y una serie de nacionalizaciones, el programa mínimo de un proyecto más global de justicia social e independencia económica y política. La inmovilidad del poder, la alternativa de gobiernos militares y oligárquicos justificaban en parte esa invariabilidad. Lo menos que se puede decir es que después de 1968-75, ese programa había envejecido súbitamente. Ese período histórico del *después*, aún no se cierra.

El clima político y conceptual desde el cual provienen las nuevas interrogaciones sobre el pensamiento de Mariátegui explica la importancia da-

da esta vez, al tema de la vinculación entre marxismo y nación, izquierda nacional y teoría social, especificidad y universalidad. Así un par de corrientes se destacan en los presentes años, y la formulación que intentamos aquí tiene todos los riesgos de lo provisorio pues estamos ocupándonos de fenómenos de la actualidad inmediata. De un lado, la multiplicación de estudios monográficos sobre la realidad peruana post-velasquista. Jamás, en efecto, se ha investigado y escudriñado en tal magnitud en el Perú, y desde unos centros de estudios de carácter autónomo ante la Universidad como ante el Estado. Del otro, se ha vuelto al debate de los años treinta entre Haya y Mariátegui, al lugar donde, la cuestión de partido, fue también el del problema de "los modelos nacionales hoy, otra vez en auge.

Franco interroga por lo tanto desde el concepto de *nación*. Desde una izquierda nacional que reivindica su "autonomía conceptual". Parte de las ideas fuerza de la necesidad "de un desarrollo independiente del Estado-nacional" y "la concertación federativa de las plurales expresiones políticas y funcionales de las fuerzas sociales del campo nacional y popular". Y sólo desde ahí, únicamente desde este nuevo punto de partida que implica una nueva problemática, realiza un análisis *simultáneo* de Haya y de Mariátegui, de ambos, como "fundadores históricos de la izquierda nacional en el Perú".

Franco no los confunde, ni amalgama. Pero tampoco admite el estereotipo que sólo los ha enfrentado. Halla, en cambio, este doble fenómeno. Por una parte, la fundación de orientaciones radicalmente distintas entre ambos, Haya y Mariátegui. Pero, pese a ello, rasgos comunes, enfrentados ambos a la concepción convencional del marxismo del Buró Sudamericano

de la III Internacional como es el caso de Mariátegui o de la Internacional en Bruselas como Haya en 1927. Es decir, dos teóricos, opuestos y complementarios, en el fondo, cismáticos, pero de maneras distintas.

Así, Franco señalará en un momento inicial, que los aproxima los acuerdos fundamentales en torno al Perú de sus días como una no-nación, la importancia de la temática campesino-indígena: el proceso de formación de la nación peruana como la de un cambio en la situación del indio y la concurrencia de éste con sus propios valores socioculturales a dicho proceso. Ambos políticos, Haya y Mariátegui, identificarán una "clases nacionales". Aunque discreparán en el "arrangement" de éstas al interior del "partido". Y según siempre el propio Franco, disenterán en cuanto *las sedes sociales* de las que debería partir la reconstitución de la nación popular. Para Haya, esa sede privilegiada era el *Estado*. Para Mariátegui, la *sociedad civil*.

Así, Haya había observado en el país la coexistencia de distintos modos de producción; la identificación del conflicto con el Imperialismo como el conflicto principal; la necesidad de un frente de clases (campesinos, obreros, clases medias), la necesidad histórica de un Estado anti-imperialista; la constitución política de esas clases oprimidas entendidas como titulares de la lucha contra el poder del Imperio; el proceso histórico visto desde la debilidad de las burguesías indoamericanas y el escaso desarrollo de estos países como el de una necesaria transición por un Capitalismo de Estado; la nacionalización de tierras e industrias y la creación de un sistema de cooperativas, en fin, inspirándose en la doctrina de la NEP de Lenin, la necesidad de evitar saltar etapas para paí-



ses de economía básicamente agraria y de industrialismo incipiente.

El camino marxista de Haya de la Torre —según Franco— fue distinto al seguido por Mariátegui. Procedía del anarquismo, de la lectura de Proudhon, Bakunin, Krapotin y Gowdin, y de Tolstoi. Se pregunta cómo se produce el *pasaje* al marxismo en Haya y lo encuentra en los estímulos de la revolución mexicana y la del movimiento universitario de Córdoba, en González Prada y en el tema del indio que Haya extiende como singularidad, “Indoamérica”, a todo un continente. A partir de ahí se va a producir, lo que llama Franco, “la autonomización ideológica” de Haya. Habría habido una apertura, también, a los intelectuales americanistas: Vasconcelos, Ingenieros, del Mazo, Ugarte, Arciniegas. Además, la lectura de los textos clásicos de la historia del Perú como las crónicas del padre Cobo, los escritos de las Casas, y de Max Uhle, de Markham. En Inglaterra, habría reforzado sus estudios con la antropología y la economía políticas (Paine, Laski, Malinowski).

Mariátegui sigue hacia el marxismo, como hemos visto, un camino que proviene de la cultura de su tiempo, del “marxismo italiano”, para lo cual estaba particularmente sensibilizado desde la atmósfera anarquista de los gremios limeños, desde la experiencia de la reforma universitaria, todo lo cual lo preparaba a asimilar los conceptos de la capacidad creadora de los mitos, el valor de la subjetividad, la conciencia, la cultura, y en general, “la práctica de lo nacional y lo popular”. Su historicismo marxista, unido a la lectura de Echeverría, Vasconcelos Henríquez Ureña, del Mazo, Ripa Alberti, le permiten, de retorno de Europa, en donde ha descubierto a Sorel, Croce y Bergson, redescubrir a su vez, el Perú y la América La-

tina. El producto final será un “conjunto abierto de conceptos teóricos y metodológicos”. “Una reflexión heterodoxa distante tanto de Haya como de la Tercera Internacional” según Franco.

La independencia de juicio, en Haya, conduce a una lectura tendenciosa de Marx, particularmente en los artículos sobre la India, y por ahí, “a la interpretación del carácter atípico del desarrollo de esos países, a las claves teóricas de las diferencias del desarrollo del capitalismo en Europa y en el Asia, en el Medio Oriente y en la América Latina”. Conceptualmente, ambos son lectores de un Marx —dice Franco— de la segunda visión, el que examina las experiencias nacionales, la de China e Irlanda, Rusia. Ambos están en ruptura con el paradigma eurocéntrico. Ambos parten de la consideración, estratégica tanto que filosófica de la necesidad de analizar América Latina fuera de las pautas de desarrollo del “centro”.

Discrepan, ostensiblemente, sobre lo que podemos llamar, el *agente histórico* del cambio. Consideraba Mariátegui que Haya se equivocaba en tres puntos: apreciaba en exceso el carácter anti-imperialista, insuficiente a su juicio, para fundar un movimiento socialista; disminuía en exceso la clase obrera para someterla al interior del Apra a la pequeña burguesía e imprimía un ritmo en exceso conspirativo o electoral a sus pasos.

Si se sigue atentamente la investigación de Franco quedan visibles más bien los puntos de coincidencia entre ambos teóricos que los puntos de discrepancia. Por ejemplo, la concepción del partido en Mariátegui, era también, uno de tipo *pluriclasista*. Punto de vista que fue defendido en la célebre discusión de Buenos Aires del Buró sudamericano por Julio Portocarrero. “Tomando en consideración nuestra situación económica y

lítico  
stituir  
que l  
esina  
olet  
estos  
orre  
tros  
tido  
mori  
u rec  
s día  
no de  
e los  
y la  
nal  
es,  
lemá  
mo y  
ese p  
la p  
o pla  
o en  
curre  
nsist  
najes  
socia  
os ca  
ica in  
ero p  
rse a  
ido  
tido  
ca, m  
olític  
en lo  
enid  
rías c  
n pa  
ez un  
La p  
desap  
s de  
todo  
, y  
por  
pris  
lmer  
s a e  
estas

nuestro nivel político, hemos creído conveniente constituir un partido socialista que abarque la gran masa del artesanado, campesinado pobre, obreros agrícolas, proletariado y algunos intelectuales honestos". (Textos en Martínez de la Torre, explotados por Aricó, Franco y otros). Sin duda, ese pluriclasista partido de Mariátegui, que no llegó a morir de su propia muerte sino de su reducción al molde comunista de esos días, no hubiese sido el pluriclasismo del aprismo, marcado por el uso de los "carismas" personales de Haya, y la vocación guerrera e insurreccional del núcleo de apristas fundadores, Manuel Seoane, Cox, Heysen, los demás. Curiosamente, Mariátegui, enfermo y amenazado en su salud durante ese polémico diálogo, es quien concibe la política como un quehacer de largo plazo, propugna un socialismo inscrito en las tendencias históricas que concurren a la construcción nacional, e insiste en detectar y organizar los "linajes populares" en donde habita el socialismo con muy poca atención a los calendarios electorales o de la política inmediata. Es difícil conjeturar, pero puede especularse que de no haberse apagado en 1930, y de haber conseguido imponer su punto de vista, el partido "mariateguista", que no existió nunca, no habría habido lugar al espacio político donde se expandió el aprismo en los años posteriores. Hubiéramos tenido, a mi modo de ver, un sistema más convencional de fuerzas políticas, un partido comunista, un socialista, tal vez uno radical, como en el caso chileno. La potente personalidad de Haya, la desaparición de Mariátegui, los errores de sus sucesores, condujeron a que todos los términos del debate político, y casi del debate conceptual, fueron, por largos años los de una polaridad aprismo y anti-aprismo, de la que difícilmente comenzamos en estos días apenas a emerger.

¿El conjunto de estas últimas inves-

tigaciones, particularmente la de los marxistas independientes como Melis, Aricó o Robert Paris, favorecen el enriquecimiento y la significación del socialismo peruano y latino-americano? Tal vez sí, y es deseable que así ocurra. Por el momento a lo que se integra la mayoría de ese esfuerzo es a una antropología general del marxismo que al campo estrictamente ideológico y nacional de unos partidos o unos movimientos. Por lo contrario, lo que se observa es más bien una tensión, una suerte de fractura entre los "mariateguistas" de fuera y de dentro. Quizá el caso extremo lo representen el marxismo "problemático" en la proposición de Aricó y la simplificación de los "senderistas"... Siendo extremo, no es ese el único caso. En general, la novísima investigación alimenta una versión *heterodoxa* del marxismo mientras que el uso ideológico de los partidos de la extrema izquierda es habitado por una pulsación de tipo *ortodoxa*. A veces, Mariátegui es casi un sustituto para no leer bien Marx. Las trampas de la pereza criolla son innumerables. Así, por el instante, los unos, aproximan a Mariátegui a Gramsci y a la escuela austriaca de Francfort. Otros, rinden culto al "Amauta". En el siglo cuatro de la era cristiana hubo fracturas de esta intensidad. Los cristianos del Africa del norte se dividían en los que marchaban hacia la teosofía y la *gnosis*. Y los que se iban al desierto sin libros ni doctores: como Santa María Egipciaca. Pero ni el *bizantinismo* ni la *ermita* fueron los verdaderos caminos de salud.

#### INTERROGACIONES DE UNA A OTRA PROBLEMATICA.

El legado de Mariátegui es, en primer lugar, el de una *temática*. En efecto, se la halla a ésta en el lenguaje político y en la enseñanza universi-

taria, en el periodismo e inclusive en el lenguaje cotidiano: reivindicación del indígena y de una peruanidad ligada a éste; procesamiento del pasado virreynal y del carácter subordinado de nuestra economía aun la más avanzada y moderna, sentimiento de la nacionalidad como algo no concluido, necesidad de peruanizar el Perú o al revés, posibilidad de que el país se desperuanice, debilidad de lo criollo para construir por sí solo la cultura nacional sin las otras culturas indígenas, "afro" y amazónicas subordinadas, y necesidad de un "proyecto socialista". Estos temas se han hecho, con el tiempo, tópicos, 'leit motiv', lugares comunes.

Ello prueba, sin embargo, dos cosas. Que ellos se confunden con el estado de conciencia, con la manera como la sociedad ahora "se piensa". Y que de alguna manera, su propio éxito y generalidad, los condenan. El país no puede seguirse explicando únicamente por la temática de los *Siete Ensayos*.

Puesto que el país no es más el de los años treinta. Ciertamente, no ha habido un cambio espectacular, un gran acontecimiento societal, como la revolución rural mexicana, la boliviana de 1952, el asalto populista al poder del aprismo falló, pero sin que vayamos tan lejos como afirmar que entre el Perú de 1930 y el Perú de 1980 constituyen dos tipos de sociedades diferentes, lo cual sería erróneo, si es cierto, la más elemental comprobación lo indica, que se han producido cambios substanciales. Y por ahí, la aparición de una nueva temática, la cual no puede hallarse, por razones de cronología y de estructura, en la obra de Mariátegui.

Estos otros temas, serían sumariamente, los siguientes:

a. La economía ha abandonado el período de enclave y ha ingresado,

desde los años cincuenta, a la de una industrialización distorsionada.

b. El fenómeno de urbanización, decisivo. De ello no puede dar cuenta, por ejemplo, el ensayo sobre la "Capital". Implica entre otras cosas, con la miseria urbana, la aparición de una economía informal y una nueva demanda social, y cambios psicológicos, y tomas de conciencia. Y nuevas redes sociales entre ciudad y aldea, agro y villa.

c. La alfabetización, que alcanza una mayoría de la población.

d. Un cuadro de modernización acelerada, que se acompaña entre 1950 y 1975, de unas coyunturas exteriores favorables a la economía, en la que prosperan y aparecen, nuevos sectores asalariados de obreros y clases medias o profesionales.

e. El Estado mismo que ha pasado por varios períodos de recomposición, uno de los cuales, el Estado militar-autoritario de Velasco Alvarado, tuvo autonomía ante la oligarquía tradicional y el poder extranjero.

f. El electorado que no ha dejado de crecer desde 1931, ampliado a las mujeres en 1956, a los campesinos en 1980.

g. El país político, más ancho, más variado y difícil de concertar. Pero también más rico y dinámico.

h. La sociedad civil, en sus primeros balbuceos en los años veinte, hoy existe.

i. El impacto de los *mass-media*, las comunicaciones, la intensa politización.

Para describir lo banal, lo vivido, las necesidades de cada día, ya no puede ofrecerse a un visitante o un viajero como única fuente "Los Siete Ensayos". No toda la realidad cabe ya en ellos. Existe lo nuevo, lo que ha crecido y se ha desenvuelto, no siempre en la perspectiva del progreso y el bienestar. Desde este punto de vis-

ta, ciertos indicadores podrían señalar el empeoramiento de la situación general, particularmente después de 1975, con la crisis mundial y sus efectos recesivos. La temática que surge en nuestros días se nutre de las aceleraciones y desaceleraciones de nuestra economía y sociedad. Ciertas zonas de pobreza han girado a la miseria, otras se acercan a una transnacionalización de nuestra economía y aún más, de nuestra manera de vivir y sentir. Las "barriadas" por un lado, el mitológico Miraflores, por el otro, ilustran, sin duda esquemáticamente, estos polos actuales".

En segundo lugar, el legado de Mariátegui, como el de Haya, se inscribe en una determinada *problemática*, que es la de los intelectuales revolucionarios de los años veinte y treinta, la de la una "intelligentzia" modernizante ante los desafíos de un país que entraba entonces de pleno pie en las formas periféricas de la edad industrial mientras intentaba, desde esa generación, de preservar o de ganar su identidad cultural y nacional.

Una *problemática* no es sólo un conjunto de problemas sino una historicidad. Lo que constituye el problematismo de una época es precisamente que los problemas sean radicalmente nuevos. Y que éstos se inscriban en un horizonte ideológico. En fin, toda *problemática* implica también, un *límite*.

Si se propone aquí que la *problemática* de los peruanos, clase política y clases portadoras de lo nacional y lo popular para usar el lenguaje de un cierto "mariateguismo" no es la misma hoy, que en los años treinta, espero que no se tome ello como un sacrilegio. El tiempo no modifica, sin embargo, la permanencia o el desgaste de una *problemática* ideológica o científica. Lo es la contabilidad de los decenios lo que nos conduce a considerar

que, sin mengua de ese legado que reivindicamos nuestro, nos enfrentamos a otra *problemática* diferente, quizá aún más cruel. Tampoco es necesario creer que se han agotado o resuelto los viejos problemas para considerar que han surgido otros, inéditos.

El problematismo de estos días proviene de la conflictividad este y oeste, norte y sur, el enfrentamiento entre naciones proletarias y el centro-industrial en donde la Unión Soviética y los países del Pacto de Varsovia son también parte; el estallido de nuestras megalópolis sobrepobladas; la internacionalización de la economía; la crisis no sólo del capitalismo sino de la civilización industrial por una parte y del socialismo bajo formas del Estado burocrático por otra parte. Podríamos seguir acumulando vanamente otras señales. Todos sentimos, intuitivamente, que hay una conexión entre todos estos problemas del mundo contemporáneo, de la guerra o la paz de nuestro tiempo.

Más difícil es extraer la lección moral y filosófica de estas evidencias: avanzamos en un territorio de otra y no menos terrible historicidad. Los textos clásicos son los antecedentes, no el programa. Salimos, queramos o no, de la comodidad de un conocimiento científico que fue transformado en liturgia, en ideología. Estamos solos. En la interperie. Hay que avanzar a pecho descubierto.

La tercera contribución, voluntaria o no en un maestro de libertad creadora como Mariátegui, fue la fijación de unos *paradigmas*. Ahora bien, un *paradigma* es un conjunto provisional de proposiciones que son útiles en un momento dado de la historia de una disciplina, o de un pensamiento social en este caso, y desde el cual se formulan generalizaciones y se establecen verificaciones. Los *paradigmas* envejecen se substituyen y mueren. En un

libro admirable, *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas S. Kuhn ha mostrado que la ciencia se renueva por la modificación de los enigmas que a su paso descubre. La noción de revolución en este caso, es equívoca. No es que el marxismo sea, por ejemplo, superado por algún otro saber totalizante. Es que, más bien, en un momento dado, se produce un desplazamiento de los problemas. Entonces, ciertos temas resultan vanos, inútiles.

Nuestros paradigmas, sociales o políticos, ¿pueden ser los mismos que surgían de la historicidad de esa generación de los años veinte o treinta? Desde el aprismo, ¿tiene sentido proponer como solución un Estado anti-imperialista? La noción de un Estado capaz de imprimir un desarrollo nacional se ha aplicado en México después de 1928, en el Brasil industrializante, en los desarrollos bajo una égida estatalizante del continente. El modelo "hayista" ha hecho sus días fuera del Perú. Los apristas lo saben, no lo confiesan y buscan también, el modelo alternativo. Sus dificultades son grandes pues aspiran a mantener la ideología fundadora a la vez que el proyecto realista. En cuanto a la discusión de cual es "el verdadero" partido de la revolución en el Perú, el debate es fratricida y estéril, si es que no lleva a simplificaciones de la extrema brutalidad y barbarie de "Sendero Luminoso", y deja siempre que desear, por no dar cuenta del hecho plural y múltiple, a mi criterio irreversible, de las representatividades en la sociedad política peruana actual. Es inútil buscar un partido reductor de todos los otros, salvo que se emplee la fuerza física.

Más allá del debate inmediato, ¿el socialismo es la toma del poder por una vanguardia? El marxismo, ¿es

únicamente el lenguaje de la liberación?

Hace poco decía José Aricó que queda todavía una posibilidad, a mi criterio extremadamente delgada, de que el marxismo deje de ser solo una filosofía de Estado y recupere el filón democrático y antiautoritario. Decía por mi parte, hace unas líneas, que los paradigmas mueren cuando los problemas se desplazan. En el centenario de Marx la más honesta e imparcial contabilidad nos alineará diversos marxismos.

Tal vez nos quede una posibilidad de incorporar a Mariátegui a un discurso filosófico y práctico liberador si admitimos un tipo de marxismo afinado en los poderes de la *sociedad civil* más que del Estado.

Esto, sin embargo, contradice nuestros más enraizados padecimientos, casi la esencia misma de nuestros intereses. Cuando digo nosotros me refiero a las categorías sociales que emiten del discurso político incluyendo, el de un marxismo como representación movilizadora. En manos de una "intelligenzia" rebelde, pero de raíz "elitaria", que produce aún nuestra cultura y sistemas de enseñanza superior, el lenguaje de Marx no es sino un útil ideológico al servicio de nuevos mandarines. Y la expresión orgullosa y optimista de una clase dirigente en plena ascensión que requiere oropeles teóricos pues pretende a la dominación o a la hegemonía. Resulta así curioso que no se haya nunca, a mi juicio, y pese a la abundantísima literatura crítica acumulada en torno a Mariátegui, discutido y ventilado su profundo sentimiento anti-democrático. Ciertamente, en la problemática de su tiempo se inscribía la crisis de las viejas democracias europeas y la mistificación del Estado liberal en la América Latina. Pero su desafecto an-

10 er  
idó c  
os, e  
zo qu  
cipio  
". L  
d Ge  
ues y  
iritua  
un c  
, di  
lta p  
lismo  
nvice  
gran  
terior  
han  
íticar

Herna  
, Inst  
1975.  
iátegu

ERO  
ui, V  
ersid  
1962.

RO M  
(La  
Azul,

E. M  
ucion  
iad, I

átegu  
alista  
vº 11,

riátegu  
inoan  
y de  
PyP

evol  
myt  
Alab

osé C  
of R  
n Sou  
70.

al. I  
érica  
I, 198

te la democracia no era ni esporádico ni coyuntural. Dudó que funcione alguna vez al menos, en el Perú, "un sistema democrático que asegure la satisfacción del principio jacobino de la soberanía popular". Llegó a deprimir la figura de Lloyd Georges, comparado a los bolcheviques y a los fascistas, "sin aptitudes espirituales para ser un revolucionario o un caudillo reaccionario". Le falta, dice, "fanatismo, dogmatismo, le falta pasión". Si algo precisa un socialismo americano es precisamente, convicción democrática y tino. Si las grandes catástrofes de la década anterior, desde Río a Santiago, no nos han enseñado el arte de razonar políticamente al mismo

tiempo que el de sentir, entonces, no vale la pena demasiado el esfuerzo de desentrañar qué, del pasado ideológico, es creativa memoria y qué, ilusión o límite. Nada es simple, sin duda. El doble mensaje habita en Mariátegui. A él seguiremos llegando los que buscamos un pensamiento autónomo y abierto a la "acontecimentalidad" de la historia. Y también, los que ya se colocan, anticipadamente, en la lógica del desarrollo burocrático que no admite ninguna legitimidad fuera del Estado-partido, y que para ello descalifican de antemano toda investigación en torno a la diferencia cultural o ideológica e histórica de América Latina.

#### BIBLIOGRAFIA

- AGUIRE GAMIO, Hernando. *Mariátegui: destino polémico*, Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1975.
- ALLPANCHIS, *Mariátegui y el Mundo andino*, 1980.
- ANGELES CABALLERO, César A. *El paisaje en Mariátegui, Vallejo y Cieza de León...* Ica, Universidad Nacional "San Luis Gonzaga", 1962.
- AQUEZOLO CASTRO Manuel, *Polémica del indigenismo (La)*, textos y documentos, Mosca Azul, Lima, 1976.
- ARBOLEYDA, Ruth E. *Mariátegui y el indigenismo revolucionario peruano*, in *Historia y Sociedad*, 1er. trimestre 1979.
- ARICO, José "Mariátegui y la formación del partido socialista", en *Socialismo y Participación*, N° 11, Lima, Sept. 1980.
- ARICO José, en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Cuadernos del pasado y del presente, Antología y prólogo. PyP; Siglo XXI, México, 1978.
- BAINES, John M. *Revolution in Perú: Mariátegui an the myth*, University of Alabama, Press, Alabama, 1972.
- BAINES, John M. "José Carlos Mariátegui and the Ideology of Revotion in Perú", in *Rocky Mountain Social Science Journal*, N° 2, Oct. 1970.
- BARRE, Marie Chantal. *Indigénisme et indianisme en América Latine*, Tesis de 3° cycle, Paris III, 1980.
- BAZAN, Armando. *Mariátegui y su tiempo...* la ed., Lima Emp. Ed. Amauta, 1969. (Obras completas de José C. Mariátegui, 2a. "Biblioteca Amauta"). Contiene además ensayos de: Manuel Moreno Sánchez, Eugenio Orrego Vicuña, Juan Marianello, Waldo Frank, Luis Felipe Alarco, Enrique Espinoza y Roberto C. Meed Jr.
- BELAUNDE, Víctor Andrés. *La realidad nacional*. 3a. Ed. Talls. Gráfs. P.L. Villanueva S.A. Lima 1964, Contiene: "En torno a los Siete Ensayos de José Carlos Mariátegui".
- CARNERO CHECA, Genaro. *La acción escrita*, Amauta, 2° edición, Lima 1980.
- CARRION, Benjamín. *...Mapa de América*, Teresa de la Parra, Pablo Palacio, Jaime Torres Bodet, El vizconde de Lascano Tegui, Carlos Sabat, Ercasty, José Carlos Mariátegui. Madrid. Sociedad General Española de Librería 1930.
- CARRION, Benjamín. *José Carlos Mariátegui, el precursor, el anticipador, el suscitador*, México D.F., 1976.
- COX, Carlos Manuel. "Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui", en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 14 de Julio 1923.
- CHANG RODRIGUEZ, Eugenio. *...La literatura política de Gonzalez Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. Introducción Germán Arciniega. México Ed. de Andrea 1957. (Colección Studium, 18).

- CHIRINOS SOTO, Enrique. "Mariátegui y la tierra", en *La Prensa*, Lima, 16 de Abril 1955.
- DIAZ ROZZOTTO, Jaime. "José Carlos Mariátegui y las posibilidades del desarrollo no capitalista de la comunidad indígena", en *Cuadernos Americanos* N° 3, 1966.
- ESPINOZA R., Gustavo. ...El problema de la tierra. Empresa Ed. Amauta S. A. Lima, 1970. Antes del título: Estudios de Gustavo Espinoza R. y Carlos Malpica S. A.
- ESPINOZA, Enrique. José Carlos Mariátegui a través de su correspondencia. (En su trinchera. Buenos Aires, 1932, p. 40-69).
- FRANCO Carlos, Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano. Lima, 1981 CEDEP.
- IBAÑEZ, Alfonso. Mariátegui et le marxisme, D.U., París VIII, 1979.
- Indianité, ethnocide, indigenisme en Amérique Latine, Université de Toulouse Le Mirail, C.N.R.S., París, 1982.
- JIMENEZ RICARDEZ, Rubén. "Mariátegui: teoría y práctica del marxismo en América Latina", en *Cuadernos Políticos*, Julio-Setiembre, 1978.
- KOSSOK, Manfred. José Carlos Mariátegui y el desarrollo del pensamiento marxista en el Perú... Cía. de Impresiones y publicidad Lima, 1967.
- LEGUIA y MARIATEGUI, en *La Prensa*, Lima, 7 de marzo 1955.
- LENIN Y MARIATEGUI, Estudios de Emilio Choy, Jorge del Prado, Jorge Falcón, Raúl González, César Guardia Mayorga, César Lévano, Omar Zilberto Salas, 1º ed. Emp. Ed. Amauta S. A. Lima 1970. (Serie Presencia y Proyección de obras de Mariátegui, Biblioteca Amauta).
- Los veinte volúmenes de las ediciones populares de *Obras Completas de José Carlos Mariátegui*, (tomo I, "La Escena Contemporánea", tomo 2, "Los Siete Ensayos", etc.) Lima, Perú, entre 1925 y 1980. Editores: Sandro, Siegfried, José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe, (sus hijos).
- Mariátegui (José Carlos) en sus textos, compilación, nota introductoria y colofón de Hugo Neira, Ed. Peisa, 2 tomos, Lima, 1973.
- "Mariátegui y la revolución latinoamericana", MESA REDONDA reuniendo C. Carnero Checa, R. Puiggrós, J. Aricó y F. Paoli, en *Textual*, Universidad Autónoma Chapingo, México, Enero-Marzo 1980.
- Mariátegui y los sindicatos. Recopilación y notas por Julián Huanay, Miraflores, Imp. Minerva 1956.
- Mariátegui y las ciencias sociales. Ed. Amauta, Lima, 1982 (Contiene: KOSO Manfred, HARADA, Kinichiro).
- Mariátegui: tres estudios, Ed. Amauta, Lima, 1971.
- MARIN, Pierre. Le mouvement indigeniste peruvien autour de la revue Amauta entre 1915 et 1930, Tesis de 3º cycle, Grenoble III, 1976.
- MARINELLO, Juan El Amauta, José Carlos Mariátegui. (En su Literatura Hispanoamericana. México 1937, p. 47-54).
- MARTINEZ DE LA TORRE, Ricardo. De la reforma universitaria al partido socialista, apuntes para una interpretación marxista de Hist. Social del Perú Ed. "Frente" Lima, 1943.
- Marxismo latinoamericano de Mariátegui (EI), Ed. de Crisis, Buenos Aires, 1973.
- MELGAR BAO, Ricardo. "La tercera Internacional y Mariátegui", en *Nuestra América*, Mayo-agosto 1980.
- PODESTA Bruno, editor, y Giovanni Casetta, Antonio Melis, Robert Paris, Malcolm Sulvers, en *Mariátegui en Italia*, Biblioteca Amauta, Lima, Perú, 1981.
- SALAZAR BONDY Augusto, Ideas en el Perú contemporáneo volumen II, pág. 311 a 343. Francisco Moncloa, editores. Lima, 1965.